

# LEER Y ESCRIBIR EN WAYUNAIKI

## EXPERIENCIA ALREDEDOR DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA CREATIVA EN UNA COMUNIDAD WAYÚU

LA GUAJIRA – COLOMBIA

Por Irene Vasco

Primer Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas

Bogotá, Agosto, 2008

### ANTES DE ANTES

Antes, mucho antes de las bibliotecas públicas, en Colombia estaban los curas doctrineros. Ellos no buscaban formar lectores, buscaban formar católicos pues la Corona española requería de siervos y mano de obra sumisa. Pretendían borrar un pasado cargado de símbolos y creencias en lenguas indígenas y remplazarlos por liturgias, rituales y fe en español. Al principio intentaron aprender el muisca, lengua hablada por



nuestros antepasados. Incluso trascibieron el catecismo. Pronto cambiaron la estrategia y decidieron que los indios, tal y como ellos llamaban a los nativos, aprendieran el idioma de los colonizadores.

Ésta también era una tarea difícil. Había que encontrar métodos efectivos para lograrlo. Adornaron entonces las iglesias de arriba abajo con imágenes, vitrales, espejos, laminillas de oro, recreando la historia sagrada. Pero como la lectura de imágenes no era suficiente, incluyeron los cantos en sus métodos de evangelización.

La música acompañó los rezos, letanías, misas, celebraciones patronales, navidades, bodas y, por supuesto, funerales. Tan efectivo fue este recurso que los colonizadores no dudaron en crear escuelas de pintura y de canto y solfeo para indios. Con muy buen sentido de la oportunidad, los curas doctrineros utilizaron el arte, la emoción estética para que en pocos años la naciente colonia se convirtiera, casi en su totalidad, en católica. Es lo que hoy en día llamaríamos una campaña mediática de alto impacto.

Si hace cuatrocientos y tantos años los conquistadores nos introdujeron de manera permanente en sus creencias a través de imágenes y cantos, con seguridad nosotros, bibliotecarios, formadores de lectores y de escritores, también podemos, agregando un componente a nuestro trabajo: la palabra escrita.

Aprender de esta experiencia puede ayudarnos a que el país entero haga el necesario tránsito de la oralidad, valiosa pero volátil, a la palabra escrita informada y permanente. Éste es un derecho de todos para que cada cual lo utilice a su manera y pueda ampliar sus horizontes. Entre más rico sea el mundo simbólico, entre mayor sea la capacidad de informarse y de comunicarse, más libertad individual puede ejercer el ser humano.

## HACE POCO



En abril de este año llegué a la comunidad de Tamaquito, en La Guajira.

Esta comunidad consta de unas veinte familias. Los mayores, una generación de más o menos sesenta años, fundaron la ranchería y constituyen su autoridad. Casi ninguno habla el español y muy pocos pueden leer o escribir en wayunaiki o en español.

Los nietos de estas personas han asistido a las escuelas públicas del sector, son bilingües y leen y escriben en wayunaiki

y en español con dificultad. Sólo algunos jóvenes han salido a estudiar a la ciudad y se constituyen en los nuevos líderes y “autoridades tradicionales” de la comunidad. Tienen respeto por sus mayores y se preocupan por mantener la lengua y la cultura, pero también por defenderse del “blanco”, quien es visto con desconfianza.

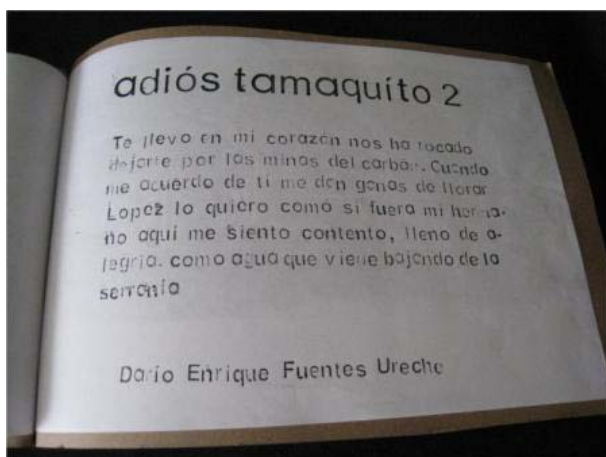
El caserío tiene una pequeña escuela y un kiosco en donde la comunidad se reúne habitualmente. El río que corre a un lado del pequeño poblado está casi seco, la cacería es difícil pues los terrenos vecinos pertenecen a una multinacional que no permite el acceso para la caza, la tierra no es buena para cultivos y la ubicación dificulta el comercio de artesanías que podría ser una fuente de ingresos adicional.

La familiaridad con la palabra escrita es muy pobre, en especial entre las personas mayores, responsables de las decisiones comunitarias. No hay vallas ni anuncios publicitarios. No hay señal de televisión, mucho menos de internet. No hay libros. Ni siquiera hay productos alimenticios con rótulos comerciales pues la subsistencia proviene de la caza, la pesca y la agricultura. Tampoco abundan textos como estampitas religiosas o biblias. Tal vez las únicas palabras escritas de los habitantes de Tamaquito sean los documentos oficiales, como cédulas y certificados.

## QUÉ PRETENDÍA EL PROGRAMA

Es muy posible que niños y jóvenes que crecen en un lugar que ya no brinda seguridad ni alimento, migren en un momento no muy lejano. Por eso, en este caso, La Imprenta Manual, el programa que dirijo, ofrecía una herramienta de mejoramiento de la capacidad de leer y escribir en lengua propia como una forma de preservación de la cultura en el futuro.

El programa pretendía además, que la participación social y la defensa de las tierras y bienes fuera más efectiva. Los contratos de compra y venta deben ser leídos, revisados, anotados, intervenidos, comprendidos en su totalidad por los habitantes de Tamaquito, sin que dependan, como niños marginados de los procesos, de lo que los otros ordenen. Las decisiones personales y colectivas requieren de la lectura y la escritura. Actualmente las multinacionales vecinas negocian con ellos su reubicación en otras tierras y los elementos de juicio a la hora de firmar documentos legales que incidirán en el futuro de la comunidad son definitivos.



Por otra parte, el ingreso a la educación superior y al mercado de trabajo en condiciones dignas en las grandes empresas que rodean la ranchería, es casi imposible para quienes no leen y escriben en español. La comercialización de los tejidos y otros productos elaborados por las mujeres, también podría mejorar al utilizar palabras escritas a la hora de negociar con los compradores externos. Por supuesto, al llegar a un lugar con libros y lápices no parto de mis

consideraciones personales. El interés por la palabra escrita debe estar sembrado de antemano entre los líderes. En Tamaquito, desde hace tiempo, las “autoridades tradicionales” impulsan esta entrada al mundo de la lectura y la escritura.

### **CÓMO TRANSCURRIERON LOS DÍAS**

Jairo Ojeda, compositor y diseñador de las imprentas artesanales que utilizo en el programa, y yo, orientamos el taller durante tres jornadas de seis horas cada una. El lugar de reunión era un kiosko. Allí se reunía la comunidad completa, desde los mayores hasta los recién nacidos. Las familias no se pueden separar en estos casos. Las actividades deben ser incluyentes y los promotores tenemos que ser creativos para que cada uno de los participantes, según su edad, interés y conocimiento, encuentre su lugar. Tal y como ocurre en la vida real, por fuera de los talleres.

Cuando llegamos a la comunidad, íbamos con cierta prevención. Nos habían advertido que el acercamiento sería lento y difícil. Sin embargo logramos establecer muy rápidamente una comunicación amable con el grupo, tanto que el traductor simultáneo que nos acompañó durante los tres días de taller pudo dedicarse a tomar fotos. Leímos, cantamos, escuchamos las narraciones, contamos cuentos, propusimos actividades durante las jornadas, sin necesidad de intermediarios. La comunicación se estableció a través de las canciones de Jairo y de los libros que poco a poco fui animando.

Yo me enfrascaba en las actividades con las familias mientras Jairo acompañaba al grupo de jóvenes líderes, incluyendo a la maestra del caserío, en la técnica de la imprenta artesanal. Para comenzar, escribieron una corta frase relativa a la ranchería: Tamaquito se me parece a mi cama. Armaron el texto con los tipos de letras, diagramaron en la caja tipográfica, entintaron, sacaron copias y las pusieron a secar al sol. Repitieron el proceso con la misma frase, ésta vez en wayunaiki. Hicieron un grabado con una técnica sencilla y las primeras páginas de un libro hecho “en casa”, con ideas, lengua, representaciones gráficas propias.

Mientras tanto yo leía al resto del grupo. El primer libro que narré lentamente, mostrando las ilustraciones, comentando cada situación y dibujo, fue “Ni era vaca ni era caballo”.

Éste es un cuento publicado por Ekaré, Venezuela, relativo a un joven wayúu que habita una ranchería y que vive una tragedia. Gracias a esta historia pude mantener la atención

de todos. Con frecuencia me detenía en la narración para hacer referencia a lo local y real, pidiendo que me explicaran y que intervinieran en español o en lengua. Sólo los más jóvenes se atrevieron a participar, muy tímidamente. Todos quisieron tener este libro, mirar con atención las imágenes, a partir de esa lectura.

Esta historia le gustó tanto a uno de los mayores, una especie de juglar de la comunidad, que llamó a uno de los jóvenes y le dictó un poema que acababa de inventar: Adiós Tamaquito dos. Esta producción literaria fue el siguiente texto a montarse, imprimirse, multiplicarse con la imprenta artesanal. Más adelante fue ilustrado con nuevos grabados. El juglar estaba tan entusiasmado al ver sus palabras reproducidas en letras iguales a las de los libros, en letras de imprenta, con su firma debajo, que pasó horas y horas dictando nuevos versos a su nieto. Ahora está empeñado en publicar la memoria de la comunidad para que ninguno olvide sus orígenes.

Una vez leídos los primeros libros, todos cortos, con muchas ilustraciones, mostré cómo fabricar plastilina artesanal, con harina, sal, anilinas de colores y agua. De inmediato los participantes se interesaron. Hicieron hermosas piezas durante un buen rato, demostrando orgullo por sus producciones. Mientras los mayores hacían pequeñas “obras de arte”, enseñé a los niños a preparar pinturas digitales. El resto de la jornada fue de creación plástica con resultados coloridos y creativos. Las producciones se mantuvieron exhibidas a lo largo de los tres días de encuentro. Todos querían ser fotografiados con lo que habían elaborado.

Puede parecer extraño que proponga estas actividades artesanales si mi objetivo es acercar a la palabra escrita. Cada vez estoy más convencida de que es necesario hacer tránsitos entre libro y libro. No se trata de leer y pintar porque sí. Se trata de hacer una nueva lectura, personal, íntima, que represente lo que yo leí. Se trata también de preparar el mundo simbólico para una nueva representación en un código más difícil: escribiendo. Cuando se pinta, se teje, se borda, se elaboran figuras con las manos, la simbolización está en juego. Para quienes nunca han tenido un lápiz y un papel en sus manos, pero que han pasado sus vidas combinando colores, puntadas y dibujos con significados profundos, es necesario preparar el terreno, calentar la mano. Podría decirse que corresponde a la etapa de garabateo cuando los niños aprenden a escribir. Además de esto, las creaciones plásticas se asumen como un intercambio de conocimientos. Para los wayúu es importante la reciprocidad. Yo leía cuentos, Jairo cantaba sus canciones, ellos nos brindaban sus producciones. Cada uno daba lo mejor que tenía y todos quedábamos a mano, estableciendo un diálogo entre pares.

## **LOS LIBROS SOBRE LA MESA**

Los libros que yo llevaba estaban al alcance de todos en una mesa. Quien quería leer, mirar, podía hacerlo sin reservas. Nadie estaba obligado a nada. Me alegraba ver que, cada vez con más frecuencia, niños y adultos se adueñaban de los libros.

Sobre este punto cabe preguntarse acerca de lo que en la biblioteca llamaríamos “desarrollo de colecciones”. ¿Qué libros fueron los que me abrieron las puertas de la comunicación, del deseo que necesitaba despertar por la lectura? ¿Cuáles no me conectaron con nadie? Cada vez que voy a emprender un programa, tengo que saber quiénes serán mis interlocutores. No es lo mismo la escuela rural, que la comuna urbana, la cárcel, el refugio de reinsertados o las comunidades indígenas. Cada auditorio requiere de un inventario personalizado, hecho a su medida. ¿Qué leer entonces a esta comunidad tan poco familiarizada con la palabra escrita?



Algunos de mis favoritos, los que consideraba “infalibles” en otros contextos, en esta ocasión no me conectaron con nadie. Eso sí, los álbumes con grandes ilustraciones, pocas palabras, historias parecidas a las de ellos, con muchos animales del entorno o desconocidos por ellos, como los africanos que aparecen en *La sorpresa de Nandi*, se convirtieron rápidamente en los favoritos. Lo mismo los de coplas, versos, adivinanzas y juegos de palabras.

Un ejercicio que me dio buen resultado, fue comenzar con estas lecturas para terminar, el último día, con una narración más larga, *La ratoncita presumida*, leída en voz alta y sin mostrar imágenes. El tiempo de atención del grupo ya era suficiente para aceptar con placer esta prueba.

Entre libros, cuentos y canciones, las producciones plásticas seguían apoyando el taller. Seis horas diarias, con toda una comunidad diversa en edades e intereses, no permite que los libros y la lectura sean los únicos protagonistas. Si quería mantener el interés en la propuesta tenía que permitir “recreos” creativos. Que, como ya dije, prepararán el terreno para transitar a la palabra escrita.

Durante estas actividades intentaba, de paso, que otros aspectos se fortalecieran: ponía todo el material sobre la mesa sin distribuirlo. Apostaba a que el sentido comunitario permitiría que todos usaran lo necesario sin desperdicios ni discusiones. Esta apuesta suele dar buenos resultados. En este caso cada cual utilizó lo que quiso y el proceso creativo dio frutos coloridos, muy elaborados, además de preciosos regalos de artesanías, como pequeños chinchorros y mochilas tejidos durante el taller especialmente para mí. Yo leía cada vez más cuentos por solicitud de los niños. Fue notable el acercamiento físico que se produjo. Las sillas que el primer día se alejaban al rincón, ahora se agrupaban alrededor de Jairo y de mí. Además recibía abrazos cálidos de hombres y mujeres, algo que no es usual entre este grupo de indígenas.

El último día supe que era hora de dar un paso al frente. Después de la sesión de cuentos y canciones propuse un ejercicio muy arriesgado para personas que no están familiarizadas con la palabra escrita: elaborar un pequeño libro personal a mano. Ésta no

era una tarea colectiva. Pedía que firmaran las producciones personales y que escribieran o ilustraran lo que quisieran.

Puse sobre la mesa papel iris de colores, lápices de escribir y de colores, además de cuerda para armar los libros. Este ejercicio tomó varias horas: el terror a la página en blanco era un obstáculo difícil de superar. Cada uno siguió su ritmo. Los jóvenes y los niños se acercaron de inmediato en busca de los materiales.

Con los mayores el proceso fue más lento. Tuve que animarlos, de uno en uno, armando los libros para ellos, poniendo en sus manos los lápices, organizando mesas para que apoyaran sus papeles. Para entusiasmar a los más tímidos, leía en voz alta las producciones de quienes ya habían escrito o dibujado algo. Mi sorpresa fue grande al ver al líder, persona bastante mayor, que casi no habla español y no sabe leer ni escribir, agachado sobre su papel, enfrascado en un plano del caserío.

Él y las mujeres mayores, que nunca habían escrito, dibujaron objetos y animales de su entorno y pidieron a los jóvenes que escribieran debajo la palabra correspondiente al dibujo. Todos quisieron que su nombre propio apareciera en el papel.

Este primer paso hacia la escritura significativa me hizo reflexionar sobre uno de los temas que nuevamente se ponen de moda: el de la alfabetización. Veo que últimamente proliferan programas que, si bien capacitan a



personas para deletrear y hasta escribir algunas palabras, sólo se trata de un ejercicio mecánico. La apropiación de la lectura y la escritura, su uso en la vida cotidiana para informarse, resolver problemas, participar socialmente, no se da. Pienso que la animación que se hace desde la biblioteca o de los programas de promoción de lectura es mucho más efectiva a la hora de iniciar a los individuos en la palabra escrita.

Escribir un libro propio permite una lectura interior de sí mismo, una interpretación de emociones profundas, que remueve y provoca el mismo tipo de emociones que querían suscitar los ingeniosos catequistas de la época de la Colonia. La experiencia vivida en Tamaquito me permitió una vez más reafirmar esta convicción. A la hora de las despedidas la comunidad demostraba agradecimiento por los tres días de actividades. Pienso que sintieron que habían crecido un poco. Leer y escribir, aproximarse a los libros, no fue tan difícil gracias a un acompañamiento que ayudaba, que empujaba. A través de canciones, juegos, narraciones y álbumes ilustrados cuidadosamente seleccionados para que la comunicación fuera efectiva, pude establecer una conexión. Propuse actividades de observación, experimentación y expresión propia y ellos respondieron con entusiasmo.

Cada actividad era un poco más exigente que la anterior. Cada uno podía participar siguiendo su ritmo y habilidades. El placer generado por descubrir posibilidades que permanecían ocultas me permitía “empujar” un poco más allá, apoyando el crecimiento interior de cada cual, conduciendo al grupo a través de lo desconocido, en un marco seguro y amable para todos.

## **LA HISTORIA DEL FUTURO**

Pero aquí no termina todo. Sólo es el comienzo. Entre los derechos que ahora reclaman ahora los habitantes de Tamaquito están las palabras escritas. Piden libros, piden lápices, papeles y tintas.

La curiosidad, el interés, el deseo, quedaron sembrados. ¿Cuánto durará vivo? Una serie de dudas e interrogantes me asaltan después de los efusivos abrazos de Rosita diciéndome “vuelve, vuelve”.

Aún no he vuelto. Por lo pronto sigo en comunicación con los líderes de Tamaquito. Y una proyección de mí ya llegó: libros, lápices y algunos elementos para la elaboración de los libros artesanales. Sé que sin un acompañamiento prolongado en el tiempo, lento pero sin detenerse, la experiencia no pasará de ser una sensibilización. Los líderes que pueden leer y escribir son mis interlocutores y espero que se conviertan en los promotores de lectura locales: que los que saben enseñen a los que están aprendiendo.

Pero esta, al igual que otras experiencias que he vivido, me deja más preguntas que respuestas. ¿De quién es la responsabilidad de dar continuidad a la formación de lectores y escritores? ¿Mía, por haber desencadenado deseos y necesidades? ¿Del Estado, que no prolonga los servicios de educación y cultura hasta cada habitante del país? ¿De los pobladores de Tamaquito, pues tienen la obligación de brindar una vida digna a las nuevas generaciones? Posiblemente la responsabilidad sea de todos. En la medida de lo que pueda asumiré la porción que me corresponde pues todos nosotros, maestros, bibliotecarios, líderes de los proceso de educación, también tenemos que responder éticamente ante aquellos que confían en nosotros.

Por lo pronto la palabra escrita ya quedó instalada en esta pequeña comunidad. Los libros que se hacen a mano entrarán a cada uno de los ranchos y circularán de mano en mano. Cabe esperar que algún día la comunidad cuente con una biblioteca, con programas y servicios de los que tanto hemos hablado en estos días. La conectividad, tan en boga en estos parajes, tardará en aparecer. Eso no importa en este momento. La prioridad se centra en que en Tamaquito haya individuos con la capacidad de leer y escribir, de nutrirse simbólicamente, de tomar decisiones informadas, de obtener datos para el mejoramiento de las condiciones de vida, de prolongar la educación, de negociar con los vecinos que necesitan sus tierras. En fin de participar socialmente como ciudadanos completos sin perder su identidad, su cultura y su lengua, pues de lo contrario pasarán a engrosar los cordones de miseria de los cascos urbanos de nuestro país.

## **A USTEDES, BIBLIOTECARIOS**

Hoy, cuando la República de Colombia se prepara para celebrar doscientos años de su trágica búsqueda de una vida independiente, llega a mi memoria un episodio de la historia: la palabra escrita fue protagonista del proceso que vivieron los criollos a la hora de decidir sobre sus destinos.

Antonio Nariño, en la Imprenta Patriótica, imprimió el texto de su traducción de Los Derechos del Hombre y los Ciudadanos e hizo circular cien ejemplares. A pesar de que su intrepidez le costó la libertad, bien valió la pena pues sembró entre los pueblos latinoamericanos la necesidad de la emancipación.

El artículo número once de los Derechos dice: La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones, es uno de los derechos más preciosos del hombre: todo

Ciudadano en su consecuencia puede hablar, escribir, imprimir libremente; debiendo sí responder de los abusos de esta libertad en los casos determinados por la ley.

Con estas frases en mente, quiero despedirme de ustedes, bibliotecarios colegas, con una última sugerencia.

Ustedes viven experiencias hasta cierto punto similares a la que acabo de narrar. Algunas de estas experiencias son cortas horas del cuento, otras tienen prolongación en el tiempo y profundidad en la propuesta.

Unas y otras se llevan a cabo con diferentes grupos humanos y las respuestas suelen ser distintas en cada caso. Llevar un diario de campo, anotando los momentos de la intervención, ayuda a reflexionar, evaluar y proyectar el trabajo. El cuaderno se convierte además en una útil bitácora en momentos de retomar proyectos. Y como si fuera poco, ustedes mismos se iniciarán como escritores.

Pronto, muy pronto, espero estar leyendo las contribuciones que lleguen de todos los rincones del país enriqueciendo estas reflexiones sobre la tarea de formar individuos libres y con mejores oportunidades para ejercer su libertad.